

Una semblanza y la maravillosa elegía que figura en *Cantos de Vida y Esperanza*, son la constancia de su gratitud, para quien, además del mérito del servicio, tenía a sus ojos el de ser también un alto poeta.

Las disposiciones de J. Santos Zelaya relativas a Rubén Darío, no alcanzan la jerarquía de favores. El consulado de Nicaragua en París, la representación diplomática en España y la secretaría de la delegación nicaragüense a la Conferencia Panamericana de Río Janeiro en 1906, todo hecho sin comprensión, por gestiones amigas y dejando al poeta en las condiciones que fueran más hirientes, no merecen gratitud de quien sacó al país de la anonimidad internacional con la magia de su nombre. Pero el poeta bueno y candoroso, se siente honrado cuando al extenderse esos nombramientos era su Gobierno quien se honraba a sí mismo. Zelaya en este caso es el rey burgués de *Azul* y Rubén el poeta que da vueltas al manubrio de la caja de música.

Estrada Cabrera, el tirano ilustrado y sagaz, cogió al poeta en sus redadas cuando señalado ya por la implacable "celosa", a la hora crepuscular de su vida, llegó enfermo a Nueva York. La intercesión del viejo poeta don Joaquín Méndez y de Máximo Soto Hall hizo llegar al poeta a Guatemala, donde Estrada Cabrera gastó larguezas mecánicas con él. La reacción fué la exultación de Palas Athenea con la asqueante incrustación del nombre del tirano en el poema, y un soneto a doña Joaquina de Estrada, madre del sombrío Calígula de "La Palma".

El sentimiento de gratitud tan entrañado en el corazón de Rubén Darío, es la causa única de las zalemas líricas que hizo ante el solio de esos dictadores. Viene a la memoria también el nombre del general Bartolomé Mitre, pero nada en este caso es repugnante en las estrofas que le dedicó en su muerte, por ser aquel varón doblemente prócer en las gestas del civismo y de las letras.

*

Empezamos por el reverso y ya es hora de mostrar el anverso de la página cívica de Rubén Darío.

En ella encontramos un círculo que se ensancha desde el patriotismo local hasta el amor universal. Rubén creció hasta su adolescencia en Nicaragua donde las pasiones, sean de odio o amor, política o religión, son como hornallas volcánicas. El poeta niño recibió el bautismo del liberalismo ideológico de Máximo Jerez, y se nutre de savia montalvina, así el Montalvo de *Los Siete Tratados*, como el del Mercurial eclesiástico y el del ariete de las Catilinas. A través de sus versos de entonces se descubre al lector de la filosofía positiva y de la historia de la revolución francesa, material de cultura preferida por los estudiosos leoneses del 80.

Recojamos algunos títulos del pequeño patriota nicaragüense: *Soneta cívico*, *Canción patriótica*, *A los liberales*, e *Himno de Guerra*. De este modo canta en sonoras décimas a Máximo Jerez, a quien apostrofa así:

*Jerez, deja que te vea!
Pensador agigantado;
semidiós transfigurado
en el Tabor de tu idea!
Tu nombre patrio amor crea;
porque tu nombre, Jerez,
infunde con altivez*

*en nuestra humilde pobreza,
fuegos del alma francesa,
rayos del noventa y tres.*

Y siente ardores de gironino por la unión centroamericana. Entonces ya no es el liberal leonés obligadamente enemigo de Granada. Por el vínculo con el alma jereciana se ha remontado al ideal morazánico y escribe una larga oda a la unión centroamericana, que dedica a Justo Rufino Barrios. En el apólogo *El Organillo*, el vate adolescente prevé que la locura de Jerez será la locura de mañana:

*Separtistas: ufana
la risa podéis soltar...
mas sabed: aquel cantar
será el verbo de mañana.*

Ese cantar es el de unión que han entonado los grandes de Centroamérica, hombres de pluma, de tribuna y de armas.

*

La hora de servicios cívicos de Rubén Darío a la causa de la unión nacional debe ser registrada para incorporar con justicia su nombre al de los trabajadores de la gran aspiración. En 1889, siendo ya el joven maestro de las nuevas generaciones literarias de América que tienen a *Azul* como su breviario de estética, Rubén está en El Salvador, gobierna allí un varón preclaro, el general Francisco Menéndez, unionista de la estructura de Cabañas y Jerez. Es característica de los gobernantes unionistas, los puros naturalmente, trabajar por la unión aun con todas las probabilidades de perder el poder en el empeño sublime. El general Menéndez se entregó a la obra de la reconstrucción patria, y Rubén fué el verbo de la campaña nacionalista. No han sido reproducidos los artículos del diario *La Unión*; pero es bien conocido un canto, digno por supuesto, de que resuene en la conciencia de los pueblos:

*Unión para que cesen las tempestades,
para que venga el tiempo de las verdades;
para que en paz coloquen los vencedores
sus espadas brillantes sobre las flores;
para que todos seamos francos amigos,
y florezcan sus oros los rubios trigos;
que entonces, de los altos espíritus en pos,
será como arco iris la voluntad de Dios.*

La traición de los Ezetas malogró la noble empresa de Menéndez. Rubén salió inmediatamente para Guatemala y escribió *La Historia Negra*. Como en una página de Tácito, está allí el crimen narrado, el

nombre de Menéndez bañado en luz y de Carlos Ezeta chorreando oprobio.

Omitimos intencionalmente las prosas y versos en que la nota cívica sólo es incidental, y para terminar con las consagrados a motivos centroamericanos, mencionaremos la prosa himnica de la crónica de la inauguración del monumento a Juan Santamaría, el muchacho heroico que pasó a la historia abrasado por las llamas de gloria con que desalojó a los filibusteros del mesón de Rivas.

Trascendamos los límites del patriotismo regional, porque fuera de ellos encontraremos magnificado al poeta civil. Allí oremos cantar a las patrias y a la patria continental. Son los ritmos que fué dejando a su paso de rapsoda por las tierras que el Ande unifica; pero son también los acentos más íntimos de su vocación americana. Vienen a la memoria el *Apóstrofe a México*, "patria de héroes y de vates", un escultórico soneto a Colombia, el país que tiene "un Olimpo divino, sus canciones" y en donde se oye:

*Boyacá y sus tambores inmortales
y el santuario y sus épicos clarines.*

Otro soneto a Montevideo, a la que dice:

*Tus bravos héroes la historia acata,
fervientes lirios dieron loores
a los centauros y a los pastores,
cuyas proezas recuerda el Plata.*

A Bolivia dice ternezas de quien siente algo como una nostalgia ancestral de aimará, y a la República Dominicana ofrece versos que forman espirales acariciadoras.

A ningún país de América dejó de consagrar Rubén Darío algo en su omniabarcante amor; así al *Brasil maravilloso* o a Cuba, cuna, altar, palestra y cátedra de Martí. Mención subrayada hay que hacer del *Canto épico a las glorias de Chile*, en que el joven épico por propia tendencia y por la norma del sublime maestro griego, destaca la grandeza de sus héroes sin mengua de los adversarios. No está empujado Grau porque Prat resplandezca grandioso en su épica gloria.

*Y Prat!... He aquí la cumbre
he aquí la sacra lumbre
inmortal, la epopeya en el abismo,
el valor soberano.
Leyenda de heroísmo
sobre el hondo océano.
Prat, resplandece, impera.
Implacable y soberbio, tuvo el soplo
sagrado. A él entonces
los trémulos bordones de la lira,
y el himno que el escoplo
arranca de los mármoles y bronce.*

Protector y amigo de Rubén fué el general Bartolomé Mitre, el varón continental que tuvo las palmas del vencedor, la corona del poeta y la gloria del estadista. Mitre, por recomendación de otro grande del pensamiento, don Victorino Lastarria, incorporó a Rubén a la redacción de *La Nación*, el periódico que desde 1893 hasta 1915 fué su taller de trabajo. Siempre movido por la gratitud como por el aliento de la musa, Darío envolvió el cadáver de Mitre en el impalpable sudario de dos cantos, la *Oda a Mitre* e *In Memoriam*, que al gran muerto dan grato calor en la inmortalidad.

La dramática vida de RUBÉN DARÍO

EDELBERTO TORRES

Guatemala Centroamérica

Precio ₡ 15.00

Con el autor:

Callejón Escuintlilla, 8.
Guatemala, C. A.

Con el Rep. Amer.: Correos,
Letra X, San José, Costa Rica